

—Manolo se ha vuelto loco, dijo el guerrillero, es necesario sacarlo porque va á perecer.

Y acercándose al andaluz, trató de separarlo del peligro.

Manolo Balboa tomó una actitud desesperante, irguióse terrible, y tomando una gran piedra, dijo á Martinez:

—Si no os alejais de aquí, os abro la cabeza.

—Sosegado! gritó Martinez.

—Que os alejeis de aquí! Me habeis sorprendido mi secreto; fuera, fuera, ó morís á mis manos.

—Quieto, Manolo.

—Que os vayais he dicho! gritó Manolo.

—Que no quiero! respondió con altanería el guerrillero.

—Puesto que me estrechais, vais á morir.

Y lanzó sobre Martinez la piedra, que zumbó como una bala llevándose el sombrero del capitán.

—Está loco este demonio! es necesario salvarlo.

Y se echó fuera de aquel lugar buscando el auxilio de sus soldados para sacarle de aquel sitio.

Cuando Manolo se vió libre de Martinez, tornó á rascar la tierra con desesperacion, sin hacer caso de la lluvia de tierra.

Las vigas se habian incendiado, y los fragmentos se desplomaban sobre el piso, que se derrumbó al fin con un estruendo horrible.

Manolo dió un alarido de condenado al dejar los sesos entre las piedras.

—Ya cargó el demonio con el andaluz! gritó Pablo Martinez; otro dia lo sacaremos, porque toda la casa amenaza ruina.

En seguida llevó el cuerpo de Santiago Gonzalez al cuartel, y al siguiente dia le dió sepultura con todos los honores de ordenanza.

## CAPITULO X.

De lo que aconteció el 8 de Mayo de 863 en el campo de San Lorenzo.

### I.

Al cabo de cincuenta dias de una resistencia heroica contra los primeros soldados del mundo, resistencia que ocupará una página de oro en los anales militares del siglo XIX y que recordarán con admiracion y gratitud los pueblos celosos de su independencia, los soldados todos de la democracia y del principio republicano, el general Ortega, en jefe del ejército sitiado, profirió el primer grito de alarma.

La plaza de Puebla que en vano habian asaltado repetidas veces bombardeándola dia y noche los vencedores de Sebastopol, Magenta y Solferino; la Zaragoza del Anáhuac, tan heroica é indómita como la Zaragoza española, estaba próxima á sucumbir ante aquel enemigo omnipotente y aterrador que se llama ---- ¡EL HAMBRE!

El gobierno mexicano no podia permanecer sordo ó indiferente á la voz del caudillo que desde los escombros de la plaza sitia-

da pedia un pedazo de pan para sustentar á sus exhaustos soldados.

Juzgóse urgente auxiliar al ejército de Puebla introduciendo á toda costa un convoy de víveres en aquella plaza.

Ocurrióse á una combinacion cuya audacia puede solo explicarse en vista de circunstancias tan apremiantes y en fuerza del denuedo y abnegacion del soldado mexicano, siempre pronto á ofrecerse en holocausto por la salvacion de la patria.

El ejército del centro, al mando del bizarro general Comonfort, cooperaba á la defensa de Puebla ocupando una extensa línea exterior y resguardando el camino de la capital de la República.

Sus operaciones, desde el principio de la campaña, no solo tendian á aislar al enemigo, sino á llamar su atencion mediante una movilidad constante y con ataques parciales que, sin exponer la suerte de Puebla al éxito de una batalla decisiva, obligaran á los franceses á fraccionar sus fuerzas para mantener en jaque tanto á los defensores de la plaza, como á sus auxiliares de fuera; resultando de esta táctica algun descanso para los primeros.

El desarrollo de este plan militar habia producido sucesivamente los encuentros y combates de Cuautlancingo, Cholula, Dolores, Atlixco y Ocotlan, que costaron la vida á muchos entusiastas y beneméritos defensores de la independencia mexicana.

Para corresponder á la urgente necesidad de auxilio que manifestaba el general Ortega, fué preciso suspender estas operaciones del ejército del centro para confiarle la mision de introducir el convoy destinado á Puebla salvando las líneas francesas, forzando sus posiciones, y, en una palabra, rompiendo el sitio que estrechaba á la plaza como en un círculo de hierro.

La empresa era temeraria.

Para llevarla á cabo se necesitaba atacar á pecho descubierto al numeroso y aguerrido ejército frances retrincherado en po-

siciones dominantes escogidas y protegido por los fuegos cruzados de una artillería formidable.

Este plan atrevido entrañaba dos acciones simultáneas: la ofensiva, para sobreponerse á la fuerza enemiga, saltar sus fosos, sus parapetos y demas obras de fortificacion; y la defensiva, para resguardar á la vez el convoy que se pretendia introducir á la plaza.

Ademas, en el caso de que una suerte propicia adormeciera la vigilancia del sitiador ó nulificara momentáneamente sus elementos poderosos de destruccion, permitiendo así á nuestros intrépidos soldados el cumplimiento de su heroica mision; estos requerian un segundo esfuerzo igual al primero y una fortuna tan decidida, para regresar despues á su campamento y volver á ocupar sus posiciones.

Aquella combinacion tocaba al imposible.

Bajo las condiciones de una derrota inevitable, nuestros sufridos y heroicos soldados marcharon serenos y entusiastas hácia los cerros de San Lorenzo y Santa Cruz, situados al Norte de Puebla, para de allí dirigirse sobre la plaza escudando al convoy con la muralla de sus corazones.

## II.

El enemigo, á quien inquietaba la presencia del ejército del centro teniéndolo en una constante alarma, se dispuso á disputarle el paso á costa de una batalla.

Movióse en el silencio de la noche, destruyó las obras que nuestros zapadores habian llevado adelante para hacer posible el paso del convoy, y, cargando sus fuerzas hácia el cerro de la Cruz, se apoderó oportunamente de él, lo fortificó á la ligera y estableció sus baterias para impedir el paso de nuestras tropas, cuya 1.<sup>a</sup> division se colocó en el cerro de San Lorenzo situado á un tiro de cañon del de la Cruz y separado de este por la bar-

ranca honda que se extiende de Oriente á Poniente hasta el Atoyac.

El general Bazaine, á la cabeza de catorce mil hombres, se ocultó en la falda del cerro que mira al Sur, y en las alturas no se percibieron mas que un regimiento de zuavos y la chusma desordenada de los traidores.

En esta posicion se hallaban ambos ejércitos el dia 7 de Mayo, observándose mutuamente y tratando de flanquearse y aprovechar el momento oportuno de burlar la vigilancia del enemigo para dar cima á sus proyectos encontrados.

Bazaine, con tropas infinitamente superiores por su número y su armamento, comprendió las ventajas que le resultarian de tomar la iniciativa, y en la madrugada del dia 8 se movió con su fuerza formidable dividida en cinco columnas de ataque sobre el campo de Comonfort.

La 1.<sup>a</sup> division del ejército del centro que no pasaba de dos mil y quinientos infantes, ocupaba las posiciones en San Lorenzo.

La cortísima distancia que separaba á los dos campamentos enemigos permitió á Bazaine salvarla instantáneamente.

Al rayar el alba empezó un fuego nutridísimo de fusilería acompañado de un sinnúmero de granadas que arrojaba el invasor sobre nuestras avanzadas.

La 1.<sup>a</sup> division, sorprendida por este ataque tan brusco y terrible, resistió heroicamente á los primeros empujes de los franceses y argelinos, no obstante la desproporcion numerica que favorecia á los invasores.

Fué tan impetuoso el choque del enemigo que, salvándose la distancia que generalmente media entre contendientes y que se hace necesaria para aprovechar las punterías, se trabó una lucha á la arma blanca, una lucha cuerpo á cuerpo terrible y sangrienta como lo son todas las de esa naturaleza.

Allí se vieron lances sublimes de arrojo, de valor indómito y admirable serenidad.

El terreno se disputó palmo á palmo.

El comandante en jefe de la division, general José María Echeagaray, fué herido desde un principio por un casco de granada.

El coronel Lopez á la cabeza de su batallon hizo prodigios de valor, y abrazado de su bandera recibió heroicamente la muerte en compañía de sus valientes soldados.

Los coroneles Rojas, Montenegro, Legorreta, el teniente coronel Espinosa y el general Leyva al mando de sus cuerpos respectivos, hicieron esfuerzos inauditos por defender la posicion.

En los momentos mas críticos y cuando una lluvia mortífera acibillaba á los heroicos soldados de la República, el general Comonfort aparece en medio de ellos á la cabeza de su Estado Mayor, pálido y demudado por la emocion.

Los gefes que quedan aun con vida se agrupan en el acto en torno suyo y conmovidos; pero denodados y arrogantes le presentan las banderas destrozadas por las balas enemigas, pero honradas sobre aquel campo de batalla.

La situacion se volvia cada instante mas y mas insostenible.

Los franceses, dueños de las principales eminencias del cerro, habian establecido ya en ellas su certera y destructora artillería rayada y diezmaban á las falanjes republicanas.

Hora y media habia durado la lucha encarnizada.

Batallones de quinientas plazas se veian reducidos á la cuarta parte de la fuerza primitiva.

La retirada se volvió indispensable.

No era posible diferirla por mas tiempo, pues habia, para llevarla á cabo, que atravesar el rio Atoyac bajo el fuego mortífero de la artillería francesa y bajo la presion tambien de cinco columnas convergentes hácia el puente reducido ocupado aún por los restos de la 1.<sup>a</sup> division.

Esa retirada pasando el rio en tan terribles y afflictivas circunstancias, presentaba un cuadro imponente á la vez que aterrador.

La 2ª division al mando del general Trias se habia movido, por órden del general en jefe, á la márgen opuesta del Atoyac para proteger el paso á los restos de la division derrotada; pero tal era la confusion entre mexicanos y franceses, que no pudo hacer uso de su artillería en contra de los segundos por temor de dañar igualmente á los primeros.

En medio de ese caos espantoso, del choque de las armas y de los estragos del cañon, el general Comonfort, á caballo, en el Atoyac á igual distancia de ambas riberas, desesperado, pero indómito y sereno, dirigia el movimiento.

Ese puesto de honor lo ocupó hasta salvar al último de sus soldados.

Minutos despues, un batallon de zuavos coronaba las alturas inmediatas y enfilaba con su fuego de fusilería el camino que acababan de recorrer los últimos restos de la 1ª division.

Entonces notaron los ayudantes que acompañaban á Comonfort, que el caballo del general habia recibido cinco balazos en la refriega, aunque el noble animal parecia todavía capaz de llevar con intrepidez á su jinete á la cabeza de su ejército.

### III.

Los franceses creyeron que todo habia terminado y que una carga final bastaria para que del ejército del centro no quedara sino la memoria.

No habian contado con el valor y constancia de nuestros soldados, con la infatigable actividad de sus gefes y con la prevision de su general.

Bazaine, poseido del delirio del triunfo, arenga á sus tropas, las prepara á dar el último empuje y acelera con tal objeto su marcha sobre los vencidos.

Pero al despejarse repentinamente el horizonte que le ocul-

taban las sinuosidades del terreno, ¿cual seria su asombro y su despecho, al ver formado como por encanto, en las lomas del Capulin, al ejército del centro en una nueva línea de batalla?

La 2ª division, del general Trias; la 3ª division, del general Vega, y los restos de la 1ª division, del general Echeagaray, formaban el centro de ese ejército imponente, cuyas alas derecha é izquierda eran protegidas por dos fuertes secciones de caballería al mando de los gefes O'Horan, Carbajal y Rivera.

Comonfort montado en su fogoso corcel, que chorreaba sangre por todas partes, recorria el frente de aquellas tropas, victoreando á la patria, á la independencia, á la bandera nacional.

El ejército todo, electrizado por el entusiasmo, aclamando á su jefe, prorumpió en vivas por la patria y esperó de pié firme al enemigo.

Pero el enemigo se detuvo.

Un pensamiento terrible cruza la mente de Bazaine.

Su rostro se cubre súbitamente de una palidez mortal, y con voz conmovida y ansiosa manda emprender precipitadamente el camino de Puebla, dejando tan solo una brigada para cubrir su retaguardia y contener cualquier movimiento de hostilidad por parte del ejército del centro.

¿Temió acaso medir de nuevo sus armas con fuerzas que caminaban ya de retirada?

La posicion topográfica de estas era dominante y favorable, pero el número cuádruplo de los franceses les daba todavía una superioridad incontestable y mas aun despues de una victoria.

Bazaine creyó que las fuerzas de la plaza pudieran aprovechar aquel momento, y rompiendo el sitio, se encontrase repentinamente en una situacion desesperada, batido por vanguardia y retaguardia y malogrado el triunfo que acababa de arrancar le á la fortuna en el campo de San Lorenzo.

¡Ah! si en estos momentos en que los sucesos de la guerra deciden de la suerte de las naciones, al general Ortega hubiese ocurrido el mismo pensamiento, otra habria sido quiza la mar-

cha futura de los acontecimientos que trajeron consigo los horrores de la invasion y del imperio.

En efecto, la batalla de San Lorenzo habia obligado á los franceses á desprenderse de un número considerable de sus fuerzas, y las operaciones consiguientes habian dejado descubierta ó débilmente guarnecida toda la faja que se extiende al nordeste de Puebla.

¿Qué habria sucedido si el ejército de Oriente aprovecha ese momento para salirse, aun á costa de grandes pérdidas?

No lo efectuó su general en buen tiempo, y horas despues ya no fué practicable porque Bazaine estaba de regreso.

Volvamos al ejército del centro.

Libre del amago de los franceses, desfiló rumbo á Tlaxcala, lo cual efectuó en un órden perfecto y como si se tratara de una evolucion de parada.

El general en gefe movió sus fuerzas hácia el puente de Texmelucan, donde, con la debida prevision, tenia establecida su segunda línea de defensa.

#### IV.

El general Comonfort se sintió movido por uno de esos ímpetus que eran bien conocidos de sus compañeros, y pretendió lanzarse á la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo que aun no desocupaba las lomas vecinas, para hallar una muerte gloriosa ya que el triunfo habia sido negado á sus banderas.

No le era lícito disponer con objeto personal tan desesperado, de aquella fuerza de la Nacion, y pretendió consumir, solo con su Estado Mayor, el heróico sacrificio que le aconsejaba su alma noble, excesiva delicadeza y pundonor militar.

Ya habia adelantádose hasta cerca de la fuerza enemiga que tiroteaba con dos obuses de montaña recogidos casualmente so-

bre la marcha con ese objeto; era irrevocable su propósito de morir y queria consumarlo á toda costa.

Los gefes Moreno, Echeagaray, Zérega, O'Horan y Carbajal, el coronel Ibarra y otros varios que advirtieron sus movimientos y adivinaron sus miras, volaron á su encuentro, esforzándose por conciliar el respeto que debian á su alta graduacion, con los sentimientos de ansiedad y recelo que les inspiraba el peligro que corria.

El coronel Estanislao Cañedo, gefe de su Estado Mayor, su amigo en la desgracia, su compañero en el destierro, su fiel soldado que desde las márgenes del Bravo lo acompañaba en todas las horas de prueba y en los momentos de peligro, no pudo resistir á la voz de su profundo cariño.

Tomó las riendas del caballo y dando órden al Estado Mayor que lo siguiera, arrebató así á una muerte segura al valiente y patriota general Comonfort del campo de San Lorenzo.

#### V.

Consagraremos aquí un recuerdo entusiasta á los guerreros modestos y arrojados que intentaron romper el sitio de Puebla, tan estrechamente establecido por cuarenta mil franceses, con la remota esperanza de auxiliar á sus hermanos del ejército de Oriente y la muy probable de perecer en la demanda.

¡Honor á los valientes del ejército del centro que pelearon en campo raso contra una fuerza tan superior!

¡Honor á esos batallones improvisados con hijos del pueblo, que por primera vez empuñaban las armas, y que resistieron el choque de catorce mil veteranos adiestrados por las campañas mas gloriosas que registra la historia de la época actual!

¡Gloria á los que cedieron el terreno palmo á palmo, en son de guerra, con lanza en ristre, bayoneta calada y banderas des-

plegadas, salvando su artillería, sus trenes, y aun la mayor parte del convoy destinado á los héroes de Zaragoza.

El prisma deslumbrador al traves del cual la Nación conmovida distinguió á los mexicanos que con tan admirable bizarría pelearon por su independecia en los muros de Puebla, no permitió entonces fijarse bastante en el mérito intrínseco, en el patriotismo y la abnegacion de los que pelearon fuera de la plaza para alcanzar el mismo fin.

Hoy, que el iris de la justicia y de la paz señala el término de la reciente tormenta y que nos aplicamos á descubrir por do quiera la huella de nuestras patrióticas falanjes para ensalzar sus hazañas, la patria confunde en un mismo sentimiento de admiracion y gratitud á los defensores interiores y exteriores de la heróica Puebla de Zaragoza, así como los confundió la muerte en el campo de batalla, como los confundió el destierro en las prisiones de Francia, y como los confundieron constantemente los lazos fraternales de una misma fé en la causa de la República, de la democracia y del porvenir nacional!

## CAPÍTULO XI.

Un duelo á muerte.

### I.

La tarde del 8 de Mayo, cuando el ejército frances solemnizaba su triunfo sobre el ejército del centro, Wask se dirigió á la tienda de Mr. de Saligny. El hábil diplomático bebia á la salud de Napoleon III invitando de continuo al conde del Jaral, que preocupado de una manera terrible, rehusaba las invitaciones del plenipotenciario.

—Es negocio concluido, decia Saligny, dentro de breves dias la plaza estará en nuestro poder, no es posible que faltando municiones de boca y guerra, se obstinen en defenderla.

—Soy de la misma opinion, dijo Wask, y os confieso que ya comenzaba á desconfiar, porque tantos dias de silencio é inaccion me tenían alarmado.

—Es que se esperaban las piezas rayadas de marina para echar abajo, si era posible y necesario, á toda la ciudad.

—Cuestion de albañilería, contestó el aventurero, demolicion de edificios.

—Cuestion de guerra, contestó irritado el ministro, estos ataques son de mucho mérito.

—No lo niego; pero el negocio de tomar la plaza por asalto, tiene sus dificultades.

—Caballero, los que han asaltado el reducto Malakoff, no se detendrian ante estas murallas; y os advierto de hoy para siempre, que me es en extremo importuno sufrir vuestras bromas, y mas aún por ser frances que por mi carácter de plenipotenciario.

—Tengo la desgracia, dijo Wask, de ser importuno; siempre que hablo, aunque sea con la mejor buena fe del mundo, se interpretan mis palabras desfavorablemente; dígalos mi amigo el señor don Fernando, que hace dias ni aun me saluda.

El conde permaneció en silencio.

—En fin, dijo Saligny con tono ágrío y altanero, ¿habeis venido para tratar algun negocio?

—Precisamente, señor ministro.

—Hablad, porque tengo que ver dentro de media hora al general Forey.

—Seré muy esplicito.

—Bien.

—El ejército de Juarez acaba de perder una batalla que ha decidido sobre la ocupacion de la plaza.

—Sobre la toma, caballero.

—Sea como vos querais; decia que nuestro negocio está concluido y ha llegado el momento de cumplir el contrato que tenemos celebrado sobre la entrega de los bonos de Jecker.

—Creo que es una exigencia de parte vuestra, cuando nos hallamos aún bajo la tienda de un campamento.

—Es que tenemos algunas necesidades y es necesario cubrirlas, esos bonos ya comienzan á correr aquí, sobre ese difícil campo que vos pintais, y acaso era oportuno el momento para hacer alguna transaccion ventajosa.

—Os repito que no es posible hacer la entrega en estos momentos.

—Y yo os repito, señor ministro, que necesito mis papeles.

—Os olvidais del carácter que tengo en la expedicion?

—Y qué me importa si sois mi cómplice en esta empresa?

—Wask, dijo don Fernando, es necesario reportarse.

Wask vió con marcado desden á don Fernando, y continuó encarándose á Saligny.

—No creo, exclamó enrojeciéndosele el rostro, que se trate de poner en duda mis derechos.

—Ciertamente, respondió Saligny; pero no es hora de hacerlos valer.

—Es que estoy expedito para exigirlos á cualquiera hora.

—Veo que no nos entendemos.

—Creo que este asunto toma un giro distinto ya en los instantes de su realizacion.

—Hablad claro.

—No tengo inconveniente: paréceme de pocos dias á esta parte, que el señor conde y vos traeis algun misterio entre manos referente á mi persona.

—Os engañais, dijo don Fernando.

—No alceis la voz, caballero, vuestro tono molesta algo el oido.

—Es el que siempre he usado.

—Bien, es cuestion de poco momento, lo que importa es que yo no sea defraudado.

Saligny sacudió la cabeza y se contuvo temiendo un escándalo en el campamento.

—Wask! gritó don Fernando, por mi vida que os propasais!

El aventurero se rió con una ironía terrible, y luego añadió:

—Será esta la primera estafa en que os encontrais?

Alzóse terrible el conde, y encarándose al aventurero, le dijo con acento trémulo de coraje:

—Miserable bohemio, cómo te atreves á insultarme cuando

hace algunos meses te arrastrabas á mis plantas esperando de mi lábio una palabra?

—Bien habeis aprendido el language de la alta sociedad! no en balde llevais ese nombre postizo.

—Esto es demasiado! dijo don Fernando, y buscó su pistola que por una casualidad no la llevaba.

Wask volvió á sonreirse.

Saligny se puso entre los dos temiendo una desgracia.

—Echémonos fuera, dijo el conde con una calma siniestra, quiero dar á ese hombre una leccion, quiero escarmentar á ese miserable.

—Sea en hora buena, respondió Wask con su risa satánica.

Saligny trató de apaciguarlos y salió en pos de ellos, que echaron paso adelante buscando un terreno á propósito para combatir.

Despues de algunos minutos de una marcha apresurada, llegaron á un parage donde el declive del cerro de San Juan parece aplanarse.

—Aquí! exclamó don Fernando, y arrojó su capa entre las piedras.

Wask comprendió el movimiento del conde y se despojó de su levita y chaleco, arremangóse las mangas de la camisa mostrando unos músculos de acero, arrojó su corbata, ajustó el cinturón y esperó en guardia á que su adversario se pusiese en tren de combate.

Don Fernando hizo los mismos preparativos, y se paró rígido como una estatua de piedra frente al aventurero.

Saligny se puso á distancia entre aquellos dos hombres que iban á empeñar una lucha salvaje en el choque de la fuerza física.

Se trataba de un duelo al *box*.

## II.

Atravesóse la mirada torva de Wask con el rayo encendido de la de don Fernando, contempláronse algunos instantes, y atraídos por una fuerza magnética irresistible, se aproximaron.

Cuando se estravía la razon en el vértigo indomable de la ira vengadora, el hombre se asemeja á las fieras y acepta la furia salvaje en sus instintos sanguinarios, hunde la frente en el polvo inmundo de su ser, y pierde el aliento de la Divinidad.

Qué odioso es el espectáculo de la destruccion humana!

Qué horrible el presenciar ese cuadro sombrío en que el hombre le disputa á Dios la existencia, en que llama atrevido á las puertas de la tumba para arrojar un cadáver en la sed insaciable de sus iras!

Hay algo generoso que se revela en el fondo del corazon, que arroja en nuestra alma la idea de morir mas bien que de matar, cuando la sociedad pone el acero en nuestras manos.

Pero en esas luchas del rencor y de la saña, en ese impulso miserable que arrastra la dignidad en el fango de las pasiones desencadenadas, entonces sí se despierta el hambre de matanza, la fiebre de la sangre, el deseo de aniquilar y desaparecer una existencia.

Esa hidrofobia del corazon era la que sentia el aventurero y se comunicaba con una irradiacion del infierno á don Fernando.

El testigo presencial de aquella escena fúnebre estaba lívido, su ceño se habia plegado y cruzaba sus brazos para apagar los saltos del corazon.

Adelantóse don Fernando, describió un movimiento rápido y descargó su puño de acero sobre su enemigo, que detuvo el golpe con admirable serenidad.



Instantáneamente devolvió aquel golpe terrible y su puño chocó con el rostro del conde.

Dos chorros de sangre brotaron por la nariz del jóven inundando su pecho.

Aquella sangre fué la señal terrible para comenzar, por decirlo así, el combate.

Arrojóse el conde á su adversario con tan indomable furia, que este se hubo de desmoralizar retrocediendo algunos pasos.

Oyéronse despues una sucesion de golpes secos, é imprecaciones blasfemas y palabras entrecortadas.

Retrocedieron ambos combatientes á la misma fuerza de sus ataques.

Wask sacudia su melena, y de su frente se desprendian algunas gotas de sangre.

Don Fernando tenia partido el cútis sobre el pómulo izquierdo, que se habia hinchado instantáneamente.

Respirando con fuerza como los buzos al salir del agua, tornaron jadeantes á combatir.

Wask se lanzó sobre el conde y lo tomó por la cintura para derribarlo.

Don Fernando, no pudiendo evitar la caida, se olvidó de tomar la posicion conveniente de la lucha, y solo trató de librarse á cualquiera costa de su enemigo.

Con toda la fuerza de su nervudo brazo, descargó el puño sobre el rostro del aventurero.

Wask lanzó un grito espantoso, terrible, como nunca se ha escuchado, y rodó á los pies de don Fernando.

El conde se quedó inmóvil esperando á que Wask se levantara.

Cuando aquel hombre se alzó del suelo y quitó sus manos de la cara, se vió un espectáculo sangriento: el golpe le habia reventado un ojo al aventurero, y un rio de sangre salia por aquella órbita vaciada.

Don Fernando se estremeció.

—Dónde?.... ¿dónde está ese bastardo miserable?.... quiero sacarle el corazon con mis uñas, gritaba Wask; vendadme, señor de Saligny, vendadme, porque siento morirme!

Saligny sacó su pañuelo y vendó á Wask, que acometido de una rábia espantosa, solo aspiraba á la venganza.

—No puede continuar el duelo, dijo Saligny, esto es imposible.

—No, no puede bajo estos términos; pero es necesario ajustarlo ahora mismo, no importa cómo.

—Bien, caballero, lo aplazaremos.

—Aplazarlo!.... no, es necesario matar ó morir, yo quiero injuriar á ese hombre, humillarlo, atravesarle el corazon; mirad, en vuestra presencia le escupo al rostro.

Y arrojó una saliva á la cara del conde.

Don Fernando rugió como una fiera.

—Caballero! gritó á Saligny, es necesario pisotear á esa sabbandija, aplastar la cabeza á esa víbora; pero al instante, porque siento que voy á matarle!

—Conteneos, caballero, dijo Saligny, todo quedará arreglado, os lo ofrezco bajo mi palabra de honor.

### III.

Caia la tarde cuando el conde del Jaral, Wask, Saligny y Manzanedo, tomaban asiento á los cuatro lados de una mesa bajo una tienda de campaña.

El rostro de don Fernando estaba horriblemente desfigurado, su barba en desórden, sus labios sangrientos y su camisa en girones.

Wask era presa de la fiebre; pero el valor indomable y la sed impura de la venganza le sostenian.

Manzanedo yacia trémulo ante aquel espectáculo imponente.

Saligny no podía convencerse de que aquello era realidad.

—Concluyamos, gritó Wask.

Manzanedo y Saligny cargaron dos pistolas de duelo y las entregaron á los combatientes, que no se movieron de sus asientos.

Cuando se hallaron dispuestos, Manzanedo tomó el extremo de un pañuelo y Saligny el otro, quedando atravesado el lienzo entre Wask y don Fernando, velándose aquellos rostros deformes y sangrientos.

Saligny dió las voces de mando.

—Uno!

Wask y el conde prepararon las pistolas.

—Dos!

Los adversarios tendieron el cañon de su arma apuntándose al traves del pañuelo á quema-ropa.

Hubo un momento terrible.

—Fuego! gritó Saligny.

Simultáneamente dispararon las pistolas aquellos hombres, y el lienzo voló en pedazos.

Al disiparse el humo que envolvía á los actores de tan terrible escena, se vió al aventurero con la cabeza echada hácia atras, y una caverna en el corazon.

—Hemos concluido, dijo el conde perfectamente tranquilo.

—Hemos concluido, repitió sombríamente Saligny.

## CAPÍTULO XII.

Del asalto á las paralelas en los últimos momentos de la ciudad sitiada.

### I.

Las provisiones se habian consumido, y de los almacenes del ejército se proveia el pueblo, que agonizaba de hambre.

Las municiones de guerra tocaban á su término, y la esperanza de un éxito feliz en las operaciones habia desaparecido.

Quedaba en pié aquel esqueleto de bronce con toda la solemnidad histórica del heroismo.

Al caer ese gigante sobre los escombros de la plaza demolida, podía dejar sepultados á mil enemigos bajo su acerada armadura.

El momento se aproximaba, y la señal fúnebre de su muerte la habia dado la artillería sobre la arena ensangrentada de San Lorenzo.

El ejército no se rendiría sin haber quemado sus últimos cartuchos.

El fuerte de Santa Inés, reparado por el audaz Carlos Ga-